

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

La pratique des ordinateurs dans la critique des textes. París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1979, 290 pp.

Se trata de las actas del coloquio internacional que, con participación de filólogos, historiadores y especialistas en informática, tuvo lugar en París del 29 al 31 de marzo de 1978. Tomando como hito singular de partida la obra de J. Froger aparecida diez años antes (*La critique des textes et son automatisación*), se pretendía hacer balance de lo acontecido hasta el momento (en diversidad de lugares y con variedad de métodos y fines) dentro de la crítica textual automática. Dado el número de comunicaciones (veintitrés) y su frecuente complejidad, intentaremos reflejar lo esencial de cada una más que su contenido concreto.

El especialista de cualquier disciplina, antes de emplear el ordenador, ha de tomar una serie de decisiones concernientes a su campo específico, las cuales, es obvio, no le resuelve la máquina por sí misma. Así, inicialmente, en «Questions préliminaires», vemos al filólogo enfrentarse a hechos como el tratamiento dado al angustioso problema de la contaminación (Froger), el modo de servirse del texto y, en concreto, de las variantes (Duplacy), o la utilidad de la información que el conocimiento filológico le suministra en torno al tipo de obra manejada (Heinemann); vemos también la importancia de elegir determinada concepción teórica por su mayor capacidad explicativa (Segre) o bien porque el ordenador sea especialmente útil para ella (Viré) o permita con facilidad su realización (Vidmanová).

Los trabajos sobre clasificación de manuscritos ocupan la mayor parte del volumen y se agrupan en tres apartados según el método de investigación (estadístico, algorítmico o formal).

La concepción estadística viene determinada fundamentalmente por el escepticismo (sobre todo en caso de contaminación) ante la posibilidad de establecer un auténtico *stemma codicum* y hacerlo por medios puramente cualitativos. En ella, «le classement des manuscrits est la recherche d'un maximum d'ordre 'mathématique' a priori, et l'éventuelle interprétation philologique est renvoyée à un second temps, logiquement indépendant du premier» (p. 5). De las contribuciones de esta clase (sin negar interés a la de Griffith y a la de Galloway), la que puede dar una idea más sintética de las posibilidades ponderadas de sus técnicas es la de Berghaus: expuestos cuatro métodos, se observa cómo dos pueden ser útiles para una primera

clasificación de los manuscritos y cómo los otros dos producen encadenamientos interpretables en sentido genético, pero se nos advierte que, para la formación de un *stemma* final, son necesarios otros argumentos (filológicos principalmente).

En los métodos que, según los prologuistas, cabría llamar «généalogiques», sucede que «le but historique des opérations de classement est déjà présent dans les algorithmes mis en oeuvre, qui se proposent de mener à un véritable *stemma*» (p. 5). Pero aquí cabe o bien llegar inductivamente a una formalización *a posteriori* de los procedimientos adoptados o bien, partiendo de un modelo matemático preciso, actuar por deducción. De la primera forma de obrar se nos ofrecen unas cuantas experiencias reunidas como «métodos algorítmicos»: se tienen en cuenta las circunstancias generales y el objeto de la copia (Dearing), se pretende el espíritu pragmático de un ingeniero (Zarri), se reflexiona sobre la problemática de la formalización para un filólogo no matemático (Follet), se toma como principio la identificación de pares de lecciones incompatibles en un *stemma* (Poole), se crea una tradición experimental (Tombeur y colaboradores), se diserta, por último, en torno a los varios *stemmata* posibles en una tradición (Palmer). Dentro del otro enfoque, constituido por los «métodos formales» (con un número menor de estudios), junto a otro tipo de modelos (Kleinogel), la teoría de grafos parece tener interesantes (y prometedoras) aplicaciones (Fernández de la Vega, Najock).

El uso del ordenador resulta también aplicable a las varias fases de la crítica textual. Algunos comunicantes se ocuparon entonces del tema: Lusignan, de los procesos de la edición desde el punto de vista de la informática textual; Ott, de las ventajas y problemas de la composición automática; Waite, de programas de colación automática; Gilbert, de un sistema para establecer una edición crítica; Raben, de un método de colación alternativo a la comparación de la totalidad de la obra.

Dos mesas redondas debatieron puntos claves: la selección y la utilización de variantes, la una, y la clasificación de manuscritos y su aproximación formal, la otra. La primera deja de manifiesto (algo, por otra parte, entrevisto en casi todas las aportaciones) el beneficioso influjo que la utilización de computadoras (y de métodos matemáticos en general) tiene ya de entrada en las disciplinas humanísticas en tanto que obliga a precisar y revisar conceptos elementales, pero con cierta frecuencia difusos.

En las conclusiones generales (Marichal) se nos afirma, entre otras observaciones, que «sur l'emploi des ordinateurs comme sur la méthode de Dom Quentin ou de Dom Froger l'accord semble aujourd'hui largement réalisé, avec certes des nuances qui tiennent ou à la formation initiale des chercheurs, ou à l'objectif qu'ils se proposent, ou au matériel sur lequel ils travaillent» (p. 286), pero que, por el contrario, «ce sont les questions de principe préliminaires... qui me semblent avoir le moins avancé» (*ibid.*).

En fin, estas actas, aunque no se sirven con exclusividad de material griego o latino, pueden ser un excelente instrumento de estudio y reflexión (además de una fuente bibliográfica) para el filólogo clásico, quien, de otro lado y como es sabido, viene contando ya con investigaciones automatizadas propias desde hace años (a partir de la década de los sesenta) y en los más variados campos de su disciplina. Y desde luego las mismas harán que aquél tome conciencia clara, si aún no lo ha hecho, de que la ciencia filológica, respecto a su larga tradición y aunque con viejos problemas, se está renovando (en métodos y medios, básicamente) con rapidez y de manera casi revolucionaria.

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL

QUINTILIANO. — *Institution Oratoire*, t. VI, livres X-XI. Texte établi et traduit par JEAN COUSIN. París, «Les Belles Lettres», 1979, 377 pp.

Jean Cousin, gran conocedor de Quintiliano, basta con leer su tesis doctoral, es el autor del texto y traducción de los libros X y XI de la *Institutio Oratoria* que la col. Budé ofrece en un solo volumen.

Cada uno de los libros va precedido de un prefacio donde Cousin comenta a la vez que resume el contenido de ellos, y cierran el tomo unas notas complementarias de enorme interés para la comprensión del texto.

«Dès le début du livre X, Quintilien insiste sur la nécessité d'unir la pratique à la théorie»: así comienza el prefacio del libro X; y, en efecto, Quintiliano deja claro en este libro que para un orador son necesarios unos dones y un maestro experimentado, pero también ejercicios apropiados y constantes. De ahí que dedique los capítulos I y II —*De copia uerborum* y *De imitatione*— al importante papel que desempeña la lectura de autores en el aprendizaje de la oratoria; el III a la redacción (*Quo modo scribendum sit*); el IV a la corrección (*De emendatione*); el V —*Quae scribenda sint praecipue*— a qué debe escribirse preferentemente; y los dos últimos a la meditación sobre los temas que se van a tratar (*De cogitatione*) y a la improvisación (*Quemadmodum extemporalis facilitas paretur et contineatur*).

Los dos primeros son los de mayor extensión y también se les dedica especial atención en el prefacio.

Esa lista de autores, latinos y griegos, cuya lectura aconseja Quintiliano sigue, a juicio de Cousin, un método no original, dada la coincidencia en la ordenación de géneros y autores con otros escritores de la antigüedad. Tras establecer algunas comparaciones, por ejemplo con Cicerón, Cousin deja absoluta constancia de que Quintiliano no ha pretendido en este capítulo hacer crítica literaria, sino que le mueve un afán didáctico exclusivamente. Considera también que hay en el orador latino una muy probable influencia teórica del aristotelismo a través de Teofrasto, y que, por lo que respecta a los griegos, no siempre fue la lectura directa de los autores su fuente —aunque conocía su lengua—. Y, puesto que existen paralelismos con Cicerón, Dionisio de Halicarnaso y otros, Cousin apunta la posibilidad de una fuente común, que bien podría ser alguno de los «cánones» que se conocían en aquel tiempo.

En cuanto a esas acusaciones de olvidos, falta de rigor cronológico y errores de perspectiva hechas a Quintiliano como crítico literario, el editor las rechaza, en primer lugar porque esa lista es una elección y todo autor es muy libre de sus elecciones, y después porque la intención de Quintiliano no era hacer crítica literaria ni una bibliografía sabia; de ahí que muchas omisiones —no todas— obedezcan a la actitud adoptada, la de un profesor y no la de un hombre cultivado.

Varios problemas más se tratan en el prefacio, entre otros el hecho de que Séneca esté fuera de su lugar y se le dedique mayor espacio que a los demás filósofos, o la colocación del capítulo primero del libro X, colocación que generalmente produce sorpresa, ya que un capítulo de crítica literaria parece interrumpir el desarrollo sobre la *elocutio*. Para Cousin tal vez hubiera sido más adecuado situarlo tras el libro XI. Pero en todo caso lo que es evidente, según él, es que, conocida la intención didáctica de Quintiliano, no puede hablarse de crítica literaria.

Menores dificultades ofrecen los dos últimos capítulos, el de la meditación y el de la improvisación, lo cual queda patente en el breve comentario del prefacio,

El libro XI, casi de igual extensión que el anterior, pero mucho menos conocido, consta de tres partes: *De apte dicendo*, *De memoria* y *De pronuntiatione*. Cuando Quintiliano habla de *apta dictio*, habla de una adecuación de la acción oratoria a lo momentáneo y circunstancial, y en esa adaptación a las personas y situaciones ve Cousin una actitud inconscientemente aristotélica. Queda claro en este capítulo, afirma el profesor francés, que el arte de la palabra no es un arte desinteresado y que el orador cuya figura ideal se sugiere no tiene nada propio de un partidario del arte por el arte.

Del segundo capítulo, cuyo objetivo es el aspecto técnico de la memoria, la mnemotecnía, Cousin censura los procedimientos aconsejados por carecer de originalidad, simplicidad y adaptación a lo real. En el último capítulo, consagrado a la *pronuntiatio* y a la *actio*, es decir a la voz y al gesto, Cousin se pregunta sobre las fuentes de los consejos que ofrece Quintiliano y le parece que, además de haber leído a Cicerón, Plinio el Viejo, Plotio y otros, Quintiliano ha observado las estatuas y sus cánones y se ha servido de las enseñanzas que la escena le regalaba.

Detrás de cada prefacio el editor presenta una lista de rétores, editores o autores a los que hace referencia en las notas de los libros; en el libro X añade además las ediciones parciales de este libro, el más editado de toda la *Institutio*, citadas por él. También lleva cada libro una lista de los manuscritos de la *Institutio Oratoria*.

Por lo que se refiere a la fijación del texto, si bien la mayor parte de las veces Cousin sigue los manuscritos, especialmente los más antiguos (ss. X y XI), no por ello deja de utilizar conjeturas de editores más modernos, sobre todo de Spalding; quizás con la suficiente frecuencia como para no considerarlo conservador.

Finalmente creo que es de estricta justicia hacer una breve alusión a las notas complementarias que cierran el volumen. Son un claro exponente de la meticulosidad con que ha sido preparada la edición; parece que Jean Cousin no ha querido dejar escapar ni el más pequeño detalle, a fin de que todo lector —sea conocedor o no del mundo romano— comprenda cada idea y me atrevería a decir cada palabra escrita por Quintiliano. Además toda explicación, cuando lo requiere, va acompañada de citas de autores griegos y latinos, y en muchas ocasiones una bibliografía moderna del tema en cuestión también está presente. Las citas de escritores antiguos y modernos son una constante en este volumen.

CARMEN GALLARDO

LEANDRO DE SEVILLA. — *De la instrucción de las vírgenes y desprecio del mundo*. Traducción, estudio y notas de JAIME VELÁZQUEZ. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, 247 pp.

Tal vez por criterios editoriales lo que reza la contraportada no responde exactamente al contenido del volumen, que es algo más: una edición crítica, con introducción y traducción —no notas— del tratado de Leandro de Sevilla. Y en ese sentido hay que hacer consideración de ella.

En principio, el concentrar en la introducción lo que en otros casos suele ser objeto de notas aisladas me parece un acierto, puesto que permite ofrecer una visión de conjunto de algo que, distribuido en notas, quedaría atomizado. Ahora bien, la efectividad del método radica en la elaboración de los datos acumulados, no en la exposición lineal de los mismos, sustituto evidente de las notas.

La introducción consta de las partes habituales: aspectos biográficos, incluyendo en este concepto la actividad literaria del autor tratado; estudio de la obra que es objeto de edición: datación, descripción de contenido, fuentes y lengua; por último, tradición manuscrita y ediciones.

La elaboración del tercer apartado, que necesariamente sustenta el posterior trabajo de edición, es muy cuidada, tanto en lo que se refiere a la descripción de los manuscritos como a la elaboración del *stemma*, partiendo siempre de criterios internos, aunque variados: lagunas y lecturas conforman, en este caso, criterios de filiación. Partiendo de la edición del P. A. C. Vega, la de Velázquez constituye una mejora indudable en el número de testimonios aportados, cosa que se refleja en la amplitud del aparato crítico. Quizá esa misma amplitud lo hace al principio un poco complicado de comprensión, ya que incluye en dicho aparato crítico las observaciones hechas al texto por Torres y Burriel. El planteamiento adoptado en la selección de lecturas: «hemos concedido prioridad a las lecciones de los manuscritos mejores» (p. 91), que merece nuestro refrendo, sufre una pequeña merma con la frase siguiente: «felizmente en nuestro caso, el mejor de los códices es el más antiguo, el S», ya que evidentemente la prioridad concedida al manuscrito S es casi absoluta. Pondremos unos cuantos ejemplos: *Praef. 1, quibus... cumulis*, paralelo al siguiente *qua... sorte* y atestiguado por los restantes códices, pasa a *quibus... cumulans*, que supone una ruptura del paralelismo característico del estilo de Leandro y una complicación en la estructura sintáctica de la frase; *Praef. 51, Licet nubere uirgini, sed quia noi nupsit*, seguido de *Licet enim gignere filios, sed quae...*, introducen la duda sobre la aceptación de *quia*, ofrecido por S, frente a *quae* del resto de la tradición.

Un problema distinto, aunque emparentado, es el de la elección de la lectura de S, siempre que suponga algún tipo de incorrección sintáctica respecto a la norma clásica; para ello parte del principio que, debido a la incultura de la copista, ésta ha mantenido tal cual el original. Estamos ante una cuestión enormemente debatida, y no sólo desde el punto de vista de la sintaxis, sino también desde la fonética y de la morfología. En este caso se ha marginado el terreno de la grafía, manteniéndose una corrección casi total, se ha incidido poco en el morfológico, y se ha insistido sobre el sintáctico, tal vez por el antecedente, ventajoso sin duda, que supone el trabajo de V. Bejarano sobre el latín de San Leandro (EMERITA 28, 1960, pp. 49-73). Aun cuando, en general, compartimos la idea de variantes sintácticas respecto a la norma clásica, nos parece excesiva su aplicación en uno de los puntos: el de los regímenes preposicionales —salvo en los casos tan conocidos de dirección/situación—. Naturalmente se trata de materia opinable, pero quizá la adopción de lecturas como *per ianuis* requerirían el consenso total, o casi total, de la tradición manuscrita, no el apoyo de un solo códice, aunque éste sea considerado —con razón— el mejor. Y así tenemos: *Praef. 46, cum pudicitiam S: -a AMVTorBur; 3, 3 per ianuis S: per ianuas AMVCTorBurSand; per sensibus S: per sensus AMCV etc.*

Existe algún pasaje difícilmente comprensible, objeto de conjeturas por parte de los editores anteriores; Velázquez ha respetado la lección de los manuscritos, principio conservador que comparto. Ahora bien, la traducción, en ocasiones no puede dar cuenta de tales dificultades, y quizá hubiera sido deseable, en tales casos, la adición de una nota sencilla que nos aclarara cuál ha sido la interpretación del editor. Por ejemplo: *Praef. 47 nescit ipsa quae nata est.*

En cuanto a los dos primeros apartados de la introducción, me parece valioso el segundo que trata sobre la obra, aun cuando se echa de menos la elaboración

de datos en algunos aspectos. Quizá lo menos acertado sea el primer apartado, de carácter histórico. Cualquier problema, alguno tan complejo como la revuelta de Hermenegildo, se resuelve con una simple cita de los textos antiguos, tan necesitados —y, aquí en concreto, tan provistos— de interpretación, sin hacer mención ninguna a los estudios históricos actuales sobre el tema.

Contribución importante, sin duda, al texto de Leandro de Sevilla, tan valioso para el conocimiento de esa época, tanto por la información que nos proporciona como por la forma que reviste.

C. CODOÑER

II. LINGÜÍSTICA

GARCÍA-HERNÁNDEZ, B. — *Semántica estructural y lexemática del verbo*. Reus, Avesta, 1980, XVI + 268 pp.

El trabajo consta de tres partes que, a pesar de los intentos del autor de ponerlas en relación, podrían perfectamente formar grupos distintos. Una primera parte, que comprende los capítulos I-II, es puramente teórica y de carácter general: se trata de una recopilación de las distintas teorías sobre semántica, desde la histórica hasta la estructural.

Una segunda parte —que es el auténtico tema central de la obra— estudia las clases de verbos. Comprende los capítulos III, donde recoge las clasificaciones tradicionales en clases de verbos, IV, donde estudia las clases de verbos, atisbándose un intento de aplicar las aquí estudiadas a un análisis de la categoría verbal «voz», y V, donde se estudian las clases aspectuales. Desde un punto de vista general, nos parece un logro el aplicar las clasificaciones de lexemas, verbales en este caso, al estudio de determinadas categorías verbales; la gramática —entiéndase los morfemas— no aclara mucho de los problemas que plantean algunas categorías, problemas que quedan bastante claros si se parte del criterio de las clases de palabras, en este caso de las clases de verbos. Esto lo consigue perfectamente el autor en el cap. V, referido al aspecto, que viene a ser, junto con el VI, el más original e importante del trabajo; en el capítulo V es considerado como clase aspectual lo que tradicionalmente se consideró simplemente como clase de verbos sin más. Se toman como criterios base la secuencia y la extensión. De acuerdo con el criterio secuencial, se distinguen tres grados: el ingresivo, el progresivo y el resultativo; antes de analizar cada uno de éstos, el autor deja claro que puede haber interferencias (*morior* es resultativo frente a *uiuo*, pero no-resultativo frente a *emorior*). El análisis de cada uno de los grados se hace, a su vez, mediante nuevas clasificaciones: dentro del grado ingresivo, se distinguen el desiderativo, conativo, inminente e incoativo-progresivo; en cada uno de ellos se ponen gran cantidad de ejemplos y los procedimientos lingüísticos (léxicos y de sufijación y prefijación) con que se logra cada uno de ellos en latín y castellano. Dentro del grado progresivo se indican simplemente los procedimientos (lexemas modificados morfológicamente o no modificados y auxiliares). Y lo mismo hace con el grado resultativo, donde distingue el resultativo propiamente dicho y el desinente. De acuerdo con el criterio extensional distingue dos aspectos: durativo y puntual; el método de definición de cada uno

de éstos es el mismo que en los grados secuenciales. De nuevo aquí introduce como clase aspectual algo que tradicionalmente había sido considerado como clase de verbo: los iterativos y frecuentativos. A propósito deja a un lado el autor en este capítulo el tratamiento de la expresión gramatical del aspecto, limitándose a los procedimientos lexemáticos y suprallexemáticos. Frente al éxito que supone la aplicación del análisis de las clases de verbos al estudio del aspecto verbal en el capítulo V, el procedimiento de aplicación de ese mismo análisis se queda a medio camino en el capítulo IV: pensamos que se podría haber explotado mucho más este capítulo desde el punto de vista de la voz; también en el estudio de esta categoría está haciendo muy buena falta un estudio claro y profundo sobre clases de verbos y su posterior aplicación al estudio de la categoría. Ello parece dejar claro que la clasemática del verbo es algo muy útil, pero no en sí y por sí mismo, sino como método para definir distintas categorías verbales.

Una tercera parte de la obra sería el largo capítulo VI, que es un análisis del sistema y desarrollo semasiológico de los preverbios en lengua latina; tras una breve introducción, donde se discuten problemas como la relación entre adverbio-preverbio-preposición, o como la semántica de los preverbios y preposiciones (¿significan al mismo tiempo espacio, tiempo y noción, o primero espacio y después tiempo y noción?), pasa al análisis de cada uno de los preverbios: en cada uno de ellos aísla sus funciones sémicas y sus funciones clasemáticas, es decir, su significado y la clase de verbo en que se incluyen. Son estas últimas funciones las que ponen en relación a este capítulo con los anteriores: cada uno de los preverbios es un procedimiento para introducir a cada verbo simple en una determinada clase de verbo de las ya estudiadas. Lo que pasa es que aquí no se distingue claramente entre las clases del cap. IV y las del cap. V; y ya hemos dicho que la clasemática nos parece muy útil, pero no en sí misma. En sí y por sí misma no tiene más valor que el de ser una pura lista clasificatoria.

Termina la obra con un apéndice donde se aducen ejemplos de varios campos verbales («memoria», «sueño», «combustión») con las oposiciones clasemáticas en que se estructuran.

En definitiva, el tema propuesto (la clasemática del verbo) nos parece muy útil, pero siempre que no se quede en una larga lista de clases de verbos. Si nos quedamos en eso, aparecerá en seguida una de las acusaciones que con más frecuencia han hecho los generativistas al método estructuralista: el de quedarse en puras taxonomías. Si esa clasemática se aplica al análisis y descripción de una categoría verbal, como sucede con el aspecto en el capítulo V, se llega a algo que nos parece interesante.

E. SÁNCHEZ SALOR

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.^a PILAR. — *El argólico occidental y oriental en las inscripciones de los siglos VII, VI y V a. C.* Theses et Studia Philologica Salmanticensia, XIX. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1981, 274 pp.

La reseña del libro empieza con la petición a su autora de que nos procure cuanto antes el estudio detallado del argólico en los siglos IV a. C. y siguientes. Quede así constancia de la bondad y utilidad de este trabajo, tesis doctoral en origen, y de trabajos similares que no se limiten a censar lo que se estima esencial

en cuanto curioso o aberrante respecto de la norma jónico-ática o «griego-cero». Interesa, por supuesto, la descripción completa en sí misma de un dialecto, e interesa también y sobre todo para una Dialectología que no puede limitarse a ser censo de rarezas y a cargar sobre ellas las argumentaciones y conclusiones sobre *Dialektgliederung*.

Algunas observaciones en el plano formal: excesivamente sumario el «índice general», cosa que se agrava por la falta de un índice gramatical que haga fácil la consulta del libro para puntos concretos, y no queda suplida por el excelente «índice de palabras». El «índice de inscripciones: datación» podría haberse completado con un índice de inscripciones según *corpora* y demás lugares de publicación, añadiendo, en su caso, indicación de reediciones, adiciones, correcciones, etc.; y no sobraría alguna indicación sobre tipo de inscripción (*lex sacra, titulus sepulcralis...*), cosa que puede tener incidencia sobre las formas lingüísticas y su valoración.

Asimismo, en la «bibliografía» (pp. 13-31) debería destacarse y separarse la lista de *corpora*, revista, etc. en que se han editado los textos. Son muy de agradecer los once mapas (pp. 261-271), aunque en alguno los rayados y punteados elegidos para marcar áreas dialectales tengan escasa claridad diacrítica; el cuidado con que se hacen constar siempre Cirene, Creta, Panfilia y Chipre debería haber alcanzado a Sicilia y Magna Grecia. Pondrán el grito en el cielo los megarenses, borrados del mapa (p. 261) para asomar Beocia al Sarónico, cosa de cierta monta en Dialectología.

Un punto importante en la presentación del material es la no indicación del número de veces que en un mismo texto puede registrarse una forma, cosa que tiene su relieve, sobre todo si concurre con variantes, dobles o soluciones divergentes. Baste un ejemplo: en pp. 186-8, dativo de plural de 1.ª y 2.ª declinación, la valoración completa y correcta de SEG XI 314 parece exigir dar cuenta de que *-oisi* está cinco veces y *-ois* una sola. Debiera haberse indicado siempre si una forma aparece dos o más veces en un mismo texto.

Nos es imposible discutir en una reseña todas las cuestiones que suscita un libro bien trabajado y conseguido. Nos limitaremos a algunas que estimamos de interés y esperamos que no se nos tachen de bizantinas.

La equiparación de «arcaísmo» y «conservación» (por ej. en p. 37) no parece cierta ni rentable; mejor será distinguir entre ambos conceptos, aunque uno y otro seguirán opuestos a «innovación»: la flexión heteróclita, la supervivencia de *-phi*, un nominativo masculino en *-ā* pueden ser arcaísmos, es decir, hechos marginales, supervivencias asistemáticas; la no asibilación de *ti*, el mantenimiento de *ā*, etc. son conservación, pero no arcaísmo: son hechos que no sólo encajan en el sistema correspondiente, sino que son centrales en él y en la definición que de él hacemos.

En pp. 33-39 se concluye del dialecto dorio con rechazo expreso de la «invasión» (el entrecomillado es mío) doria: la falta de innovaciones exclusivas del dorio excluye (creo poder deducir) un protodorio separado de otras formas «proto-» en el segundo milenio. A esto, varias objeciones:

1) los conceptos de «invasión» desde fuera son indefendibles y, también, inatacables: hoy no se alegan por nadie; como mucho, y no es poco, movimiento hacia el sur de la Hélade desde dentro de un continuo espacial y lingüístico griego.

2) la falta de innovaciones no prueba otra cosa que la falta de innovaciones, y sigue siendo más viable dar a los protodorios una posición marginal en el continuo espacial griego que asignarles una posición inferior en la organización social, a efectos de explicar precisamente por qué los dialectos dorios no conocen las innovacio-

nes de fecha micénica que tenemos en las tablillas, en arcadio, en jónico-ático (y, algunas, en lesbio).

3) la evolución del dórico al compás de los demás dialectos es cierta para fecha postmicénica, pero me permito afirmar o insinuar que no lo es en hechos que son o pueden ser de fecha micénica, al menos en sus primeras fases; en alusión de «sapienti pauca»: asibilación; ὄσος; ἱερός; ὄτε; βούλομαι; remodelaciones -ᾶσι, -ᾷσι, -οῖσι; desinencia -σαν en ἔθεσαν, etc.; dativo «eólico» -εσσι; πρῶτος; desinencia -μες de 1.ª plural, etc.: creo que son hechos en los que no participa el protodorio, y sí otros antecedentes de otros grupos dialectales. Discúlpese la imposibilidad de explicarnos con el detalle debido.

4) la migración doria no tiene peores apoyos históricos y lingüísticos que las beocia y tesalia, de las que la autora parece hacer crédito y uso (por ej. en p. 49).

A propósito de p. 63 ss.: mucho me temo que los móviles fonológicos en la producción de vocales largas cerradas opuestas a las abiertas no sean todo lo claros que debieran, y que sea posible pensar que la articulación cerrada de las vocales breves de base se conservó al ser alargadas, con lo que entraron en oposición con las largas abiertas. Estamos ante dialectos en contacto, con iguales bases y puntos de partida en cuanto a necesidades funcionales y distintivas, y no se entiende bien que unos necesitasen oponer cerradas y abiertas, y otros no, si elementos gramaticales y léxicos eran los mismos para unos y para otros. No se niega la realidad fonológica de las nuevas largas cerradas, pero sí los supuestos móviles o necesidades del sistema para que fuesen cerradas y distintivas frente a las abiertas. Mejor sería pensar en bases fonéticas distintas para unas y otras vocales alargadas por compensación. Me parece muy plausible suponer centros varios e independientes en la producción de los hechos en cuestión (p. 68).

La reseña podría extenderse a otras discrepancias poco significativas salvo en poner de relieve que la obra reseñada llama nuestra atención por bien elaborada y altamente satisfactoria. Déjesenos terminar señalando alguna incoherencia en la presentación del material: el lector puede comprobar, por ejemplo, que no todo el material presentado en la contracción de -ᾶο- (con eliminación de -f-) es presentado luego, ni aludido, al tratar de la pérdida de f intervocálica (cf. pp. 69 y 129-136). Tal vez no estaré en solitario al disentir de que πρῶτος sea ejemplo de pérdida de -f- intervocálica. Para la aspiración de at. ὄρος, que la autora rechaza con razón como no etimológica (p. 144), me atrevería a sugerirle influjo de ἔρμα. En la consideración de las formas «anómalas» del dual (p. 189) se echa en falta discusión detallada, como la que hay, y apenas compartimos, para los «dativos» de plural de 1.ª y 2.ª declinación. Si en p. 184 se admite que *-osio sea */osjɔ/ > */oijɔ/, se entiende mal que en p. 199 se siga a Ruijgh en que */esjɔ/ tenga otra evolución */ehio/ > /eio/.

Y terminamos poniendo de relieve y agradeciendo la corrección y limpieza de presentación y edición, con consulta cómoda de las listas de materiales. Alguna errata hay, y es notable la de (p. 136, nota) que Thumb no crea en la temprana «privativización» de la β.

En definitiva, creemos que el trabajo debe ser continuado.

JUAN JOSÉ MORALES

HILTBRUNNER, O. (ed.). — *Bibliographie zur lateinischen Wortforschung*. Band 1: *A-acutus*. Berna, Francke, 1971, XXII + 298 pp.

Es indudable que todos los latinistas, y sobre todo los lexicógrafos, esperarán con impaciencia las siguientes entregas de esta publicación, que ha de ser repertorio amplísimo de los estudios —libros, artículos, notas de lectura y hasta notas a pie de página— posteriores a 1875 y dedicados a esclarecer el contenido de vocablos latinos. Concebido este repertorio para ser útil de trabajo, se ha previsto desde el primer momento una continua actualización y se presentan los datos de forma que hace cómoda y rápida la consulta, dando primero las reseñas bibliográficas completas ordenadas cronológicamente y resumiendo luego muy brevemente el tema y las conclusiones de los trabajos reseñados. Como posible perfeccionamiento, que no como corrección, se podría sugerir al equipo redactor que no dejara para la segunda parte de cada lema la clasificación de las referencias cuando se trate de estudios referidos a solamente alguna de las posibles acepciones de un vocablo, así como la supresión de las citas duplicadas que algunas veces se producen (¿por qué citar el artículo de Ernout sobre el vocabulario botánico latino —*RPh* 31— remitiendo unas veces al volumen de la revista en el que se publicó por primera vez y al de *Philologica* en el que luego se reprodujo, otras sólo al tercer volumen de escritos menores?).

En su prefacio, el Dr. Hiltbrunner pide la colaboración de quienes indaguen en las materias propias del repertorio, fundamentando su llamamiento en razones de eficacia. La redacción de esta obra, a todas luces muy necesaria e importante, tiene estas señas postales: Westfälische Wilhelms-Universität Münster, Institut für Altertumskunde (Wortforschung). Domplatz 20-22, D-4400 Münster, en la República Federal.

L. C. PÉREZ CASTRO

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

CODOÑER, C. (coordinadora). — *El comentario de textos griegos y latinos*. Madrid, Cátedra, 1979, 299 pp.

Las numerosas corrientes lingüísticas y literarias de nuestro siglo, en rápida proliferación, y, muy particularmente, la creciente importancia cobrada por el texto como tal (hecho clave en teorías como la textolingüística o la semiología) nos muestran lo anticuado e insuficiente de comentar un texto mediante notas con «etiquetas» gramaticales, retórica grecolatina y simple erudición, algo aún habitual en la filología clásica. En este sentido, parece obvio que, en una consideración sociológica del libro, hay que situar la presente publicación dentro de los relativamente frecuentes *Comentarios* que, con intención renovadora, vienen apareciendo últimamente en nuestro país.

Supuesto lo exegético (se presupone que el mensaje, por razones de código, extratextuales, etc., no puede ser entendido o «valorado» plenamente por el receptor) como esencia de todo comentario, una reseña de una obra de este tipo pasa por precisar de antemano para qué y para quién se comenta concretamente en la mis-

ma, porque esto condicionará el qué y el cómo. No obstante, previo a todo y esclarecedor al respecto es llamar la atención de que, en esta ocasión, nos hallamos sobre todo ante una interesante experiencia heurística (imperfecta e incompleta, pensamos) para formular un método de comentario.

Según nos informa la coordinadora en la presentación, en la Sección Local de Salamanca de la SEEC y durante el curso 1977-78, se elaboraron una serie de comentarios de la forma que, en términos generales, resumimos: a) formación de dos grupos (uno especializado en griego y otro en latín) por cada género estudiado (Lírica, Comedia, Historia y Oratoria); b) exposición de los resultados en ocho sesiones seguidas de discusiones con intervención de los asistentes; c) preparación (ante la posibilidad de publicación) de introducciones a cada género, comunes a los textos griego y latino. Así pues, el género como criterio primario de selección y el grupo en progresivo crecimiento como instrumento heurístico son factores que han de marcar considerablemente los resultados. En cuanto a lo primero, se nos precisa (p. 9) «la abundancia de trabajos sobre el tema» y «la descompensación evidente entre el tratamiento... en Grecia y en Roma» como razones de la eliminación de la épica y de la tragedia, respectivamente. A propósito del planteamiento de trabajar colectivamente en las distintas fases, idea prometedora, hemos de hacer observar al lector (en la presentación se da a entender de manera general) que, de hecho, se trata de una tendencia predominante con las siguientes excepciones claras («fallos» o «imperfecciones» que impiden desarrollar plenamente el «experimento», diríamos): en a), para la Oratoria griega existe un único comentarista; en c), para el Teatro lo que en realidad se da es una simple yuxtaposición de dos introducciones totalmente independientes.

La intencionalidad última de los comentaristas es formular una especie de comentario ideal, lo que, curiosamente, no queda bien sentado para el lector hasta muy avanzado el libro: «...el comentario que sugiere este libro, y que guió en su conjunto al Seminario de Comentario de Textos Clásicos... intenta ser un 'modelo de comentario', un paradigma para otros comentarios... Es una especie de 'meta-comentario'» (p. 182). El destinatario de los mismos resulta un tanto impreciso, pues, si bien parece que, por el supuesto auditorio inicial, habría de ser un especialista con cierto grado de preparación, se ofrece en todos los casos, sin duda con el fin de trascender el campo de las humanidades clásicas, una traducción «pensando en los lectores que no puedan seguir los textos en su lengua original» (p. 14, a propósito de la Lírica) y, quizás dirigido a «principiantes», se nos dan (dentro del comentario) definiciones tan elementales como la de homofonía y sus diversos tipos (p. 55) o como la de anáfora (p. 272).

Los textos que se comentan son: para Lírica, Safo, fr. 2 D. = 31 L.-P. (V. Bécares y F. Pordomingo) y Catulo, 5 (C. Castrillo, R. Cortés y J.-C. Fernández Corte); para Comedia, Aristófanes, *Aves* 737-800 (C. Giner y J. de Hoz) y Plauto, *Báquides* 35-108 (R. Castresana y B. García-Hernández); para Historiografía, Tucídides, III 82 (A. Agud y F. Romero) y Tácito, *Annales* I 4-6 (G. Hinojo, J. Lorenzo e I. Moreno); y para Oratoria, Demóstenes, *De corona* 169-170 (A. López Eire) y Cicerón, *Pro A. Cluentio* 1-8 (M.ª-J. Cantó, C. Chaparro y A. Ramos).

Pasando al cómo, tras una lectura atenta de cada comentario, una visión de conjunto nos lleva a estas dos amplias consideraciones:

1) Todos, excepto el de Plauto, explican, de una u otra forma, su teoría sobre el comentario, aunque sólo los de Lírica se basan en precisadas concepciones poéticas. Estos últimos tienen su fundamental inspiración en el transformacionista

S. R. Levin y tratan de llegar a una síntesis que podríamos denominar estructural-filológica. Un planteamiento, por razón práctica, más ecléctico que sintético es el del dedicado a Aristófanes. En la Historiografía y en la Oratoria, incide particularmente la pretensión de mostrar los recursos del género (o del autor) tratado más que de comentar un texto concreto.

Desde luego es preciso afirmar que, creemos, no se ha alcanzado la formulación de ese 'metacomentario' pretendido. Y ello, básicamente, por esta razón: la experiencia no se ha rematado consecuentemente; ha quedado, todo lo más, en el «comentario de género». En efecto, el grupo como instrumento de trabajo y su progresiva ampliación con finalidad sintetizadora (ambos hechos con los «fallos» apuntados más arriba) suponían haber desarrollado una última etapa en la que un único grupo (integrado por todos los comentaristas participantes) concluyera un modelo de comentario o mejor de 'metacomentario' que trascendiera la concreción del texto y del género, adaptable a la multiplicidad real como todo buen modelo. De esta manera sí hubiera sido apropiada la denominación de *el comentario de textos* dada al libro, denominación exagerada para su forma actual. En esta misma dirección apunta el que en ningún lugar de la obra se cite bibliografía sobre el comentario de textos en general ni de anteriores intentos españoles de enfrentarse a los textos clásicos con métodos distintos a los de la filología tradicional (entiéndase, por ejemplo, para el latín, los trabajos del malogrado V. E. Hernández Vista).

2) Los logros prácticos son muy diversos: desde un comentario equilibrado y lúcido (con predominio de lo inmanente, pero sin olvidar la necesaria bibliografía filológica) como el de Safo, a la deformación del mismo en el caso del de Catulo (los autores lo reconocen «muchas veces fatigoso, aburrido y abstruso», p. 82); desde el muy *ad hoc*, cercano a lo estructural-semasiológico, pero, en ocasiones, próximo a la paráfrasis o a las notas de corte tradicional, como el amplio de Plauto, pasando por el de Aristófanes, en una línea semejante al anterior, pero con presencia ya importante de lo no inmanente (en parte innecesario, si el receptor fuera un especialista), hasta el de Demóstenes, el único sin empleo explícito de bibliografía filológica, el cual incurre también en alguna definición elemental y emplea, juzgamos, demasiados (dada la brevedad del comentario) datos externos al texto (lo que lleva, en alguna ocasión, casi a un pretexto para hablar del autor comentado frente a otros oradores); con cierto equilibrio entre lo inmanente y lo externo, los de Tucídides, Tácito y Cicerón parecen buscar, en última instancia, el «estilo» de un autor determinado dentro del «estilo» de un género concreto (el primero, además, la consideración humanística de un texto clásico).

En conclusión, el libro refleja una experiencia sugerente y muestra un buen material de reflexión para futuros comentarios y obras teóricas sobre el tema. Lo que no ha de buscar el lector en él es una exposición y una práctica sistemáticas de las posibles maneras de hacer un comentario de textos según la tradición filológica o según las escuelas poéticas y lingüísticas más significativas del momento.

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL

La struttura della fabulazione antica. Università di Genova, Pubblicazioni dell'Istituto di Filologia Classica e Medievale, 54. Génova, 1979, 219 pp.

Con este título programático, que es sin duda excesivo, se reúnen aquí las conferencias pronunciadas en las «quintas jornadas filológicas genovesas» en los días

24 y 25 de febrero de 1977. Ya en 1969 el profesor F. Della Corte había iniciado el acercamiento a los mitos griegos mediante un análisis estructural, teniendo en cuenta el método de Propp, y en esa estela se inscriben los trabajos de este volumen, en un intento de «aggiornare ai più recenti metodi di indagine gli studi sulla narrativa greca e latina». Ese enfoque analítico estructural es lo que quisiera enlazar a los ocho estudios presentados bajo tan amplio título, que son de muy variado tema, y también de muy diverso enfoque. Por ello tal vez lo más útil en una breve reseña sea citarlos uno por uno. D. Sabbatucci trata «Il racconto romano della regalità», L. Canfora de «Strutture e funzione del dialogo in Tucidide e in pseudo-Senofonte», C. Corbato de «La funzione delle *fabulae* in Callimaco», D. Del Corno de «Lo scritto di Filostrato su Apollonio Tiano e la tradizione della narrativa», A. M. Scarcella de «La struttura del romanzo di Senofonte Efesio», P. Frasinetti de «I resoconti dei miracoli di Vespasiano», T. Mantero de «Una *crux* nella narrativa iginiana e l'ignoto figlio di Leucothoe» y A. Marchese de «Su alcune figure del linguaggio poetico». Esta simple nómina indica ya la variedad que da interés al volumen.

La aportación más amplia y erudita es la de Teresa Mantero (pp. 129-198), en su análisis del mito de Leucótoe, que confronta la narración de Ovidio y un pasaje corrupto de Higino, y examina minuciosamente la secuencia narrativa. Muy formalista, frente a otros tratamientos suyos del mismo texto novelesco, es el enfoque de Scarcella. Las consideraciones de Del Corno sobre la tradición biográfica en la que se enmarca el texto de Filóstrato y las posibles influencias novelescas en detalles de su trama me parecen finas y sugerentes. También es muy sugerente la audaz hipótesis de Canfora de que el texto actual de *La constitución de los atenienses* podría encubrir una redacción anterior en forma de diálogo, al estilo del famoso «diálogo de los melios» tucidídeo.

Como apuntábamos, es difícil dar en breves líneas una idea cabal de este misceláneo y breve libro. Sus méritos están más en los concretos análisis que en perspectivas generales. En conjunto es una muestra de lo estimulante que esas reuniones filológicas y los nuevos enfoques sobre la narrativa pueden resultar.

C. GARCÍA GUAL

ARISTÓFANES. — *As mulheres que celebram as Tesmofórias*. Introdução, versão do grego e notas de M. F. DE SOUSA E SILVA. Coimbra, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1978, 128 pp.

SÓFOCLES. — *Filoctetes*. Introdução, versão do grego e notas de J. RIBEIRO FERREIRA. *Ibid.* 1979, 128 pp.

SÓFOCLES. — *Rei Édipo*. Introdução, versão do grego e notas de M. C. ZAMBUJO FIALHO. *Ibid.* 1979, 160 pp.

EURÍPIDES. — *Hipólito*. Introdução, versão do grego e notas de B. DE SOUSA OLIVEIRA. *Ibid.* 1979, 120 pp.

Se trata de los volúmenes 3, 4, 5 y 6 de la colección «Textos Clásicos», publicada por el Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos de la Universidad de Coimbra.

Del primero de ellos (Aristófanes, *Tesmoforiantes*) se ha encargado Maria de Fátima de Sousa e Silva, de quien ya conocíamos una versión del *Discolo* de Me-

nandro (Coimbra 1976). Como los demás libros de la serie, *As mulheres...* lleva una introducción firmada por la traductora (pp. 7-21); las notas, más de ciento cincuenta, ocupan las pp. 105-124 del tomo; una bibliografía selectísima (p. 125) lo clausura. Algo hay que lamentar en esta colección conimbrigense de textos clásicos y es, junto al despilfarro de papel, el tamaño excesivo de los tipos de imprenta empleados. ¿Por qué no reunir en un volumen, con una ostentación menor de espacios blancos, varias obras de un mismo autor o de una misma corriente literaria, en vez de ir goteando piezas individuales en un formato desproporcionado? En España, la Biblioteca Clásica Gredos constituye el ejemplo más notable a imitar en este sentido: las tragedias completas de Eurípides, por ejemplo, llenan tan sólo tres volúmenes de la B. C. G., y eso que cada una de las obras va precedida de una introducción particular y acompañada de numerosas notas exegeticas. Por cierto que, hablando de notas, no hay motivo que justifique, en una serie universitaria como los «Textos Clásicos» de Coimbra, la colocación de las mismas al final de cada tomo. Las notas deben figurar a pie de página, indisolublemente unidas al texto que ilustran. La brevedad de las introducciones y, en general, las pretensiones más que modestas de cada volumen aislado no explican de manera alguna la publicación de las glosas en serie corrida, desgajadas de aquello que pretenden iluminar. En cuanto al aspecto externo, hay que decir que, pese a lo anticuado del diseño de la cubierta y de las portadillas interiores, los «Textos Clásicos» que publica el Instituto Nacional de Investigação Científica de Coimbra están pulcramente editados, lo que redonda en beneficio del lector, que tiene ante los ojos un producto tipográficamente agradable.

Del *Filoctetes* sofocleo se ocupa José Ribeiro Ferreira, traductor también de la *Andrómaca* eurípidea (Coimbra 1971). La introducción (pp. 9-30) es un poco más larga que la de las *Tesmoforiantes*, y la bibliografía algo más amplia, no rebasando, en cambio, las notas el medio centenar. Curiosamente, el tomo se cierra con un poema del traductor dedicado al personaje de Filoctetes. No deja de ser pintoresco ese *post scriptum* lírico.

Maria de Céu Zambujo Fialho se ha hecho cargo de otra pieza de Sófocles, *Rei Édipo*. La introducción es, en este caso, más enjundiosa en lo que al número de páginas se refiere (pp. 9-54). Más de cien son las notas, y la bibliografía un poco más extensa que las anteriores. Lo que se echa de menos aquí, como en el *Filoctetes*, es que no se traduzca también el argumento de la pieza.

El *Hipólito* de Eurípides lo ha vertido Bernardina de Sousa Oliveira, basándose en la edición oxoniense de W. S. Barrett. A mi juicio, se trata del libro más flojo de todos. Como curiosidad, diré que Lasso de la Vega y Adrados figuran citados a pie de página en la introducción. Hora es ya de que no se olviden los trabajos de nuestros clasicistas en las nóminas bibliográficas.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

PAGANELLI, LEONARDO. — *Echi storico-politichi nel Ciclope euripideo*. Padua, Editrice Antenore, 1979, 159 pp.

No sólo «reflejos» de la situación histórica, política y social contemporánea busca el autor en el *Ciclope* de Eurípides, sino también de las tomas de posición del autor antiguo. Esto es completamente legítimo, como lo es la aserción de que el

Ciclope, como obra poética, es polisemántica, no es una simple «obra en clave», punto de vista exagerado que a veces se ha aplicado en estudios como éste.

Con un vasto dominio de la bibliografía pertinente y una exégesis minuciosísima de diversos pasajes del *Ciclope*, con aducción de abundantes paralelos, el autor intenta paso a paso asentar sus tesis. Procede en tres escalones: una primera parte se refiere a los ecos de luchas políticas e ideológicas internas en la tesis del *Ciclope*; una segunda, a ecos de política externa, en relación con Esparta y Persia; y una tercera, a ecos de la expedición ateniense a Sicilia. Pero todo confluye. El *Ciclope* es según nuestro autor una obra del año 414/413 a. C. en que Eurípides critica y caricaturiza posiciones entre oligárquicas y propias de cierta sofística extremista que abogan por la teoría de que la justicia es el dominio del más fuerte, por una valoración nietzscheana de la *physis* y un individualismo hedonista. Al tiempo, Eurípides está por esta época «engagé» en la lucha de Atenas: valora positivamente la guerra de Troya (como una «guerra de liberación nacional», lo que es ir un poco lejos) y la pone como imagen de la guerra del Peloponeso, en la que Persia se dibuja cada vez más como el enemigo de Atenas, mientras que Esparta (a través de sus prototipos, Menelao y Helena) es en cierto modo respetada, como parte del mundo griego con el que debería volverse a la paz. Paralelamente, la empresa ateniense en Sicilia es vista como una empresa democrática, de integración panhelénica, en la que Odiseo (hecho «bueno» ahora, como rey de Cefalonia, aliada de Atenas) derrota al bárbaro Ciclope. Todo ello casa y se coordina.

¿En qué medida es seguro todo esto? Sobre ello puede haber opiniones, aunque hay que reconocer que la tesis está muy bien montada. Lo más indiscutible es lo relativo a la política e ideología de Atenas, en la parte primera: aunque hay precedentes, este estudio de Paganelli va mucho más allá de ellos y es una muy buena aportación al conocimiento del ambiente ideológico de una época que también yo creo que por fuerza ha de ser bastante avanzada dentro de la guerra del Peloponeso.

En las otras dos partes hay cosas muy sugestivas en relación con la caracterización de los personajes (a veces nueva dentro de la producción eurípidea) y la valoración de las empresas de Atenas a través de los modelos encubiertos de la guerra de Troya y la «expedición siciliana» de Odiseo; todo esto se entrecruza con los temas ideológicos, presentados en sentidos contrapuestos por los personajes enfrentados, el Ciclope y Odiseo. A veces, sin embargo, es difícil rehuir la impresión de que el autor se ve forzado a interpretaciones *ad hoc* para introducir coherencia desde el punto de vista que le interesa en los motivos míticos de Eurípides.

Personalmente, no me atrevería a negar como posible la interpretación de Paganelli de los rasgos favorables atribuidos a Helena y Menelao en la *Electra*, la *Helena* y el *Ciclope*, y es clara a veces la identificación Troya = Persia: pero hay que reconocer que los datos de Eurípides son demasiado matizados y mezclados como para que podamos asegurar tajantemente su intención. Lo mismo respecto a Odiseo. Y la «sicilianidad» del Ciclope (p. 121 ss.) la veo muy forzada, a veces se «exprimen» en exceso datos y alusiones.

En fin, nos hallamos ante un libro interesante, bien escrito y documentado, que presenta una hipótesis sugestiva. Sería bueno que la propuesta fecha del *Ciclope* (en un momento en que la expedición a Sicilia todavía ofrecía buenas esperanzas) fuera confirmada por otros procedimientos. Ello añadiría verosimilitud a las ideas de nuestro autor.

El libro se cierra con dos índices muy completos, uno de pasajes citados de autores antiguos y otro de autores modernos igualmente citados.

FRANCISCO R. ADRADOS

NICKEL, RAINER. — *Xenophon*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, VI + 163 pp.

Rainer Nickel, conocido hasta ahora como especialista en la didáctica de las lenguas clásicas —especialmente del latín— publica ahora este libro pensado como de alta divulgación, si bien está redactado con todo el rigor filológico. Ciertamente no había mucho que decir sobre Jenofonte después del exhaustivo artículo de H. R. Breitenbach (1966) en *RE*, del que existe tirada aparte como libro independiente, y dirigido, naturalmente, a los filólogos profesionales. Este otro que ahora presento, según declaración expresa del autor (p. 1) fue escrito pensando en estudiantes de Enseñanza Media y Universitaria, y, muy en especial, en el público culto en general.

El libro, siguiendo a Breitenbach, está concebido como un extenso artículo de enciclopedia, y en él se estudia, consiguientemente, todo lo referente a la vida externa de J. —siguiendo en este caso el bien conocido libro de É. Delebecque (1957), con el que el autor, en no pocas ocasiones polemiza—: pensamiento político, convicciones de todo orden, etc.; obras, clasificadas no por orden cronológico, lo que en nuestro caso es imposible, sino por temas, siguiendo también aquí a Breitenbach. En esta 2.ª parte, pp. 39-118, que forma el grueso del libro, no se describen, de manera sistemática, ni el contenido ni la estructura de las obras —que el autor supone, no sé bien con qué fundamento, tratándose de un libro como éste, como ya conocidas—, sino que a propósito de cada una de ellas plantea determinadas cuestiones científicas que puedan profundizar en el conocimiento de J., y promover así el interés por el polígrafo ateniense; esta parte termina con el estudio de modelos, fuentes y géneros literarios, con el muy interesante dedicado a los λόγοι Σωκρατικοί, p. 109 ss.

El libro concluye con una enumeración y exposición detallada de los puntos menos tratados en J., y de las ideas que, cuando menos, convendría revisar. Comparto plenamente con el autor sus quejas sobre la carencia de ediciones comentadas serias de las distintas obras de J., que respondan al nivel científico hoy alcanzado. Nada se nos dice, sin embargo, sobre manuscritos, papiros, ediciones de diverso tipo etc., cuestiones que hubiéramos esperado ver tratadas en un libro de divulgación. Tampoco nada sobre el dialecto ático de J., cuestión que habría que volver a estudiar, ya que el trabajo de L. Gauthier (1911), mencionado de pasada sólo en un rincón del libro (p. 144, n. 293), ha quedado muy atrasado. Tampoco hay un capítulo dedicado a la influencia y la fama de J., cuestión que, por lo menos en lo que se refiere a la Edad Antigua, se podría seguir cómodamente en Münster (1920).

Rainer Nickel repite varias veces a lo largo del libro —y esto parece ser como el *Leitmotiv* del mismo— que J. es ciertamente un autor muy leído, sobre todo en los primeros cursos en la enseñanza del griego, pero también muy mal entendido e incluso, no pocas veces, despreciado. Produce la impresión que mientras el autor redactaba este libro se ha ido entusiasmando con J., que ciertamente tenía un talento notable y polifacético pero que no era un genio. Cabría recordar, quizás, que Unamuno en sus clases de griego tenía del todo proscrito a J., porque no era «la

abeja del Atica», como dice la *Suda*, sino «el abejorro», y le echaba en cara algo que en literatura es, ciertamente, inapelable: J. es —dice Unamuno— un autor aburrido. Lamento no disponer de espacio aquí para discutir este último punto, pero, en términos generales, prefiero seguir pensando con la *Encyclopaedia Britannica* (s. u. *Xenophon*, ed. 1971, vol. XXIII, p. 843) que, aunque J. escribió muchos libros —y todos añadiríamos que quizás demasiados— «he wrote no single work that conclusively answers the question, why he ever wrote at all. He gives the impression of a man of action and a country gentlemann who by some accident wrote books».

En la bibliografía, muy selectiva, y que apenas señala trabajos anteriores a Breitenbach, echo en falta, por ejemplo, la edic. del *Económ.* preparada por J. Gil (Madrid 1967).

La edición del libro es excelente, en papel inmejorable, y no se advierten erratas.

MIGUEL ÁNGEL SAN MARTÍN

PLAUTO. — *Anfitrião*. Introdução do latim e notas de C. A. LOURO FONSECA. Coimbra, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1978, 124 pp.

PLAUTO. — *O Gorgulho*. Introdução, versão e notas de W. DE SOUSA MEDEIROS. *Ibid.* 1978, 208 pp.

PLAUTO. — *O Soldado Fanfarrão*. Introdução, versão do latim e notas de C. A. LOURO FONSECA. *Ibid.* 1980, 174 pp.

Se nos ofrece en estos volúmenes (núms. 1, 2 y 8) de la colección «Textos Clásicos» del Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos de Coimbra la traducción de tres comedias de las más representativas de Plauto, a las que, sin duda, seguirán otras obras latinas; los números comprendidos entre el 3 y el 7 corresponden a autores griegos. A la vista de estas primicias cabe augurar a esta colección un porvenir venturoso y al darle aquí la bienvenida hacemos votos porque sea así. Sería de desear, no obstante, que esta prometedora serie adoptara un criterio de mayor uniformidad en la presentación de las obras; así llama la atención la notoria desigualdad entre la traducción, casi escueta, de *Anfitrião* y la de *O Gorgulho*; ésta, que bien puede servir de modelo, se acompaña de una introducción sustanciosa y va provista de un nutrido elenco de notas; además, el texto se ameniza con la presentación de las escenas y la indicación pertinente de las actitudes y situaciones de los personajes.

Anfitrião. — Aunque de esta obra ya ha dado cuenta Matilde Conde (EMERITA 48, 1980, p. 368), no hay inconveniente para insistir aquí en su presentación como primera de una serie. Una breve introducción en la que se recalca la importancia y la trascendencia de la comedia y dos hojas de notas sirven de marco a la traducción; para ésta se ha utilizado, como declara el propio autor en la dedicatoria al lector, el texto latino establecido por A. Ernout (*Les Belles Lettres*, 1941) y por E. Paratore (Sansoni, 1959), si bien en los puntos litigiosos parece seguir preferentemente la edición del último, por ej., en el verso 234 en el que Ernout, con buen criterio, se apartó de la lectura de los códices y aceptó una conjetura de Luchs.

La traducción se ajusta con precisión al texto, asume los aciertos de las de sus modelos, particularmente de la de Paratore, pero sin perder en ningún momento la independencia y la originalidad de la propia lengua. Es más, el traductor usa su

L, 2.º — 10*

lengua con un aire vivo y expresivo que se nota en la resolución exclamativa de alguna frase aseverativa (fragm. XV), en la puntuación suspensiva con que se abre el típico ἀπροσδόκητον plautino, en la introducción de giros idiomáticos portugueses que no dejan de responder bien a los propios de Plauto (vv. 236, 410-411) y en la adaptación de los juegos de palabras, verdaderos escollos del traductor, que casi siempre se sortean felizmente (vv. 348-349, 723).

O Soldado Fanfarrão. — Esta traducción del *Miles Gloriosus* sucede a otra, hoy agotada, de doce años antes. En la introducción se consideran brevemente las particularidades que se derivan de ser la pieza más larga y una de las primeras de Plauto, el problema de la *contaminatio* y la originalidad de la obra, la estructura, los personajes y la fortuna de la comedia. Con respecto al texto, el autor confiesa su deuda para con Paratore ya en la primera traducción, si bien ahora sigue principalmente a Ernout. Pone a prueba su destreza en el tratamiento de los sutiles recursos cómicos plautinos; así en los juegos de palabras que, si a veces son intraducibles (v. 165), otras se resuelven afortunadamente (vv. 436-438) e incluso se supera la traducción de Ernout, por ej., en el verso 4 al recoger el sentido etimológico de *aciem* y asimismo en los versos 650-651; la utilización de los puntos suspensivos para marcar empleos dilógicos, como si se tratara de la figura del ἀπροσδόκητον, es un procedimiento muy eficaz (vv. 165, 1308-1309, 1416); y no menos válida es la imitación de las paronomasias (vv. 34, 289, 494 etc.); en cambio, suele tener escaso efecto en romance la reproducción de un recurso tan expresivo en la lengua latina como la aliteración (vv. 8, 325 etc.).

Una observación semántica quisiéramos hacer a propósito de *obsorbuit* (v. 834) traducido con cierta inexactitud por «engolf de un trago» y de forma semejante por Paratore y por Ernout; este verbo mantiene todo su valor etimológico oponiéndose a *bibere* (vv. 833-834), como reiterativo de la acción de éste ('beber a sorbos'); así tiene pleno sentido la explicación que sigue: *nam nimis calebat, amburebat gutturem*.

O Gorgulho. — En la introducción se abordan con plena solvencia la explicación del argumento, el estudio de los personajes, la estructura y composición de la pieza, los problemas de la cronología, del modelo griego y de la originalidad de la adaptación plautina; y se dan unas breves indicaciones sobre la influencia de la obra en el humanismo italiano, Molière y Goethe; no estaría de más añadir cómo la vieja lena borracha (I 2) recuerda el carácter de nuestra Celestina.

Por lo que nos dice el autor se trata de la primera traducción de esta comedia al portugués y se ha realizado sobre el texto de Ernout con el apoyo de otras ediciones (Paratore, Collart, Monaco). La traducción se adapta bien al original y resulta tan jugosa como éste en los momentos líricos y paródicos (vv. 96 ss., 114 ss. etcétera), aun cuando es imposible reproducir los inagotables recursos cómicos plautinos; los de base fonética como la aliteración, la asonancia, el homeoteleuto son, por lo general, irrepitibles en cualquier versión; en cambio, a veces se intenta con éxito la imitación de los recursos morfosemánticos (vv. 30, 201-202, 217 etc.); y más fáciles se tornan aquellos de estructura sintáctica como las enumeraciones o los proverbios que responden a verdades generales.

Las notas, numerosas, son oportunas, están bien dosificadas y ayudan a la inteligibilidad del texto; en ellas quedan bien explicados los diversos procedimientos cómicos y se destaca la originalidad plautina, tanto en el empleo paródico de los lenguajes literarios y técnicos, el jurídico y el erótico, como en la caricatura de personajes y en la invectiva contra tipos, conforme al interesante estudio de Cèbe.

La documentación bibliográfica es abundante y se aprovechan bien los comentarios precedentes.

También vamos a hacer aquí una observación de traducción y anotación: el llamado «verbo raro *expergefacere*» (v. 198) no sólo da un tono elevado a las palabras del esclavo (nota 81), sino que su empleo responde a todo a la actitud exhortatoria que éste adopta, a lo largo de la escena, acerca del estado de vigilia de su joven dueño e incluso de la amada de éste: *quid tu? Venerin peruigilare te uouisti, Phaedrome?* (v. 181), *quin tu is dormitum?* (v. 183), *tu quidem uigilas* (vv. 184 y cf. 191, 196); el punto culminante de las reflexiones del esclavo llega al usar *expergefacere* en brillante juego de palabras con el empleo anterior de *uigilare, dormire* etc.: *flagitium probrumque magnum, Phaedrome, expergefacis* (v. 198). No es, por tanto, un verbo raro y menos «rarísimo», al decir de G. Monaco, ni puede quedar desdibujado en la traducción, sino que hay que darle pleno sentido como causativo ('despertar') de *uigilare* ('estar despierto'): «¡qué vergonzoso escándalo levantas, Fé-dromo!» sería una traducción aproximada. Nada, pues, «raro» hay en Plauto que no esté motivado.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ

REGGIANI, RENATO. — *I proemi degli Annales di Ennio. Programma letterario e polemica*. Edizioni dell'Ateneo & Bizzarri, Roma, 1979, 105 pp.

Parece ser que en los últimos años la épica y tragedia arcaicas latinas vienen siendo objeto de predilección para los filólogos italianos, a juzgar por la serie de publicaciones que de ellos llegan a mis manos. Este libro es una prueba más de este venturoso hecho, que espero contagie de alguna manera a nuestros colegas españoles.

En esta obra Reggiani se asoma, sin miedo al vértigo y al vacío, a los difíciles problemas filológicos inherentes a los proemios de los libros I, VII y XVI de los *Anales* de Ennio, esforzándose en dar la más cumplida solución a todos ellos, amparado en gran medida en argumentos ya expuestos por los estudiosos que le han precedido.

El estudio viene dividido en cinco capítulos de irregular extensión.

En el primero aborda el tema de la metempsicosis o transmigración del alma de Homero a Ennio, transmigración que tiene lugar en el momento mismo del sueño enniano y que él considera como un *figmentum poeticum* para demostrar que el poeta rudino fue un *Homerus rediuius*; este sueño sería un *aition* de la obra cosmogónica y cosmológica que estaba naciendo.

Hay en este sueño, según él, una mezcla de orfismo y pitagorismo, si bien la sutil erudición de que hace gala Ennio demuestra que es el pitagorismo la corriente filosófica que más influjo ejerce en el pensamiento enniano.

Niega Reggiani que tuviese lugar un encuentro de Ennio con la Musa.

Sus comentarios siguen la línea ya clásica en este tipo de estudios: se basa siempre en conjeturas e hipótesis, plagadas de erudición y de soluciones más aparentes que reales, con continuas referencias a filólogos eminentes como Grilli, Mariotti, Vahlen, Skutsch, Leo, Timpanaro, Valmaggi y así hasta una lista de no menos de medio centenar, lo que demuestra, en honor al autor, lo mucho que se ha documentado al respecto.

Tras el capítulo III, en el que se limita a exponer los cinco fragmentos que estima constituyen el proemio al libro VII de los *Anales*, pasa al capítulo IV para hacer un estudio singularizado de cada uno de ellos, abordando problemas de la más variada naturaleza.

Su aportación personal queda un poco diluida —vaya en su descargo la dificultad intrínseca de los propios problemas abordados— en un conglomerado de conjeturas y opiniones aportadas por otros estudiosos, con lo que se hace imprecisa y poco definida.

No es viable en esta recensión de prefijados límites hacer un estudio crítico de la doctrina vertida en sus comentarios, expuestos en honor a la verdad con serena y desapasionada forma.

En ocasiones hace un verdadero alarde de sutileza e ingeniosa versatilidad mental en la exposición de argumentos en favor de determinadas hipótesis.

Así cuando trata de justificar la conexión argumental del primer fragmento *Scriptere alii rem uorsibus quos Fauni Vatesque canebant* con *Nam neque me decet hanc carinantibus edere chartis*, afirma que los términos *scripsere*, *canebant* y *edere* inducen a pensar en una probable vecindad entre las tres expresiones, de manera que Ennio reservaría a Nevio el genérico *scripsere*, a los Faunos y otros adivinos *canebant*, que para él tiene valor peyorativo y despectivo, y a sí mismo el término *edere*, valor más refinado.

Sutil y sugestiva conjetura, digna, a mi juicio, de mejor empeño y que se fundamenta sólo en la supuesta intencionalidad por parte de Ennio de minusvalorar el *Bellum Punicum* de Nevio y los *Carmina Faunorum Vatumque*, lo que aún está por demostrar.

El valor despreciativo de *canebant* se desprendería en todo caso del contexto así interpretado, supuesta siempre la intencionalidad de Ennio, entroncada con el afán de polemizar con la figura de Nevio.

Virgilio comienza su majestuoso poema usando precisamente el verbo *canere*.

El trabajo de Reggiani sigue hasta el final en esa línea de erudición bibliográfica, que, a mi juicio, es uno de sus valores más positivos, con abundantes notas a pie de página en las que se recoge de manera exhaustiva un cúmulo de citas de los más prestigiosos sabios dedicados al estudio de la épica latina.

Su aquiescencia a determinadas opiniones va siempre precedida de algunas observaciones personales, si bien es cierto que en la mayoría de los casos se limita a adherirse a determinadas hipótesis de trabajo.

En resumen, un trabajo más sobre la poesía arcaica latina en el que se aprecia una total ausencia del ánimo de polémica, por más que su título lo sugiera, y un afán, digno del mayor elogio, por aclarar problemas de muy difícil solución. La honestidad con que los afronta tiene a su vez la gran virtud de enfrentarse a ellos con decisión, procurando dar la imagen de no nadar entre dos aguas. Acéptese enhorabuena.

MANUEL SEGURA MORENO

HERRMANN, LÉON. — *Sénèque et les premiers chrétiens*. Bruselas, Latomus, 1979, 92 pp.

Un nuevo libro sobre esta cuestión tan controvertida ya en la Antigüedad misma, que ha dado lugar en época moderna, desde otros supuestos, a una importante bibliografía (cf. Schanz-Hosius *Gesch. d. röm. Lit.*, II, pp. 716-17; lista de trabajos

hasta aproximadamente 1930; el más reciente, justamente, es uno de L. H.), y de la que el autor viene ocupándose desde hace ya más de medio siglo; cf. su reciente libro *Chrestos. Témoignages païens et juifs sur le christianisme du premier siècle* (Bruselas 1970).

Ya desde un primer momento L. H. rechaza, y sin casi plantearla, la hipotética «conversión» de Séneca al Cristianismo, disparatada idea a la que, todo hay que decirlo, debemos la conservación de buena parte de sus escritos y que pasó por la calenturienta mente de algún ilustre cristiano de la Edad Antigua. Todavía L. H. dedica algunas páginas, aun hoy, a refutar esta idea, estudiando, primero, su epitafio (que muy bien puede ser auténtico), mostrando su monoteísmo, ciertamente, pero carente de huella alguna de espíritu cristiano (p. 17) y, después, su actitud en las horas de la muerte —que Tácito (*Ann.* XV 60 ss.) en páginas ciertamente inmarcesibles nos describe con algún detalle—, del todo conforme con las ideas del estoicismo tardío, según creo, muy bien reflejadas en los *Dial.* y en las *Ep. Luc.*, y a distancias astronómicas, por lo mismo, de la concepción cristiana de las cosas; las coincidencias son del todo superficiales.

El libro que ahora presento no se ocupa, y esto expresamente (cf. p. 6), de las ideas de Séneca sobre el cristianismo, sino de la evolución de su actitud y, sobre todo, de su pensamiento ante el hecho cristiano. Este libro estudia hechos, relaciones personales y reacciones ante éstas, no ideas, como ha venido haciéndose al tratar este tema, y así lo hace constar L. H., muy expresamente, en la «Introducción». Se basa en, sobre todo, cuatro obras del filósofo cordobés: *de Ira*, los *Epigr.* el *de Clem.* y la tragedia *Herc. Oet.* Del examen de algunos pasajes aislados de estos libros se concluiría, según L. H., que en Séneca hubo una actitud zigzagueante ante el hecho cristiano y que estuvo vacilando hasta el momento mismo de su muerte, entre la hostilidad y la simpatía con respecto a los cristianos. El autor sigue con algún detenimiento los vaivenes de esta vacilante actitud a lo largo de toda su carrera de alto funcionario y de escritor, desde Tiberio a Nerón, y que L. H. resume bien al final de su trabajo (cf. pp. 87-88).

Conviene subrayar, antes de nada, que los datos seguros, los hechos brutos, sobre los que cabría reconstruir esta historia entrarían en un papel de fumar, y quizás aún menos, ya que, aparte la relación de su hermano Galión, el procónsul de Acaya, con San Pablo (cf. *Act. Ap.* 18, 12 ss.) —de la que Séneca, muy verosímelmente, pudo obtener información directa y muy de primera mano, sobre la nueva religión— poco más es el acervo de datos seguros sobre los que podríamos basarnos en nuestras modernas interpretaciones; incluso lo de Serapión (p. 54) es oscuro, quedan muchos datos por aclarar, y producto en buena parte de la fantasía: vanas elucubraciones desprovistas, en general, de cualquier fundamento.

Porque el libro de L. H. está lleno de estas fantasías y vanas elucubraciones, de la primera página a la última: en las *Ep. Luc.* encuentra a cada paso alusiones a San Pablo y afirmaciones polémicas contra sus ideas; en lo de la higuera ruminal (pp. 66-67) y el pasaje de los Evangelios Sinópticos (cf. *Eu. Matt.* 24. 32-36, por ej.) la interpretación llega a lo grotesco; todavía el autor se cree en la obligación de discutir la «correspondencia» entre Séneca y San Pablo a lo largo de un extenso capítulo (p. 10 ss.), asunto que ha dejado de ser problema hace ya muchos siglos (cf. por ej., Schanz-Hosius, II, p. 714 ss., manual al que se podría añadir, quizás, que esto no era ya problema para L. Valla [1407-57], por. ej.), etc., y en este sentido buena parte de todo el libro, v. especialmente caps. IV y V, y que llega a lo casi delirante en el paralelo —o polémica, según L. H.— que se establece entre el final

del *Herc. Oet.* —la heroica muerte de Hércules (v. 1.131 ss.)— y la Pasión de Cristo tal y como nos la describen los Evangelios Sinópticos.

A L. H. le falta sentido histórico —acusación sospecho que grave hecha a un filólogo; en los primeros decenios tras la muerte de Cristo la nueva religión no era conocida sino de una reducidísima minoría, no se le presentaba la menor atención: no era algo importante, es decir, que importara. Faltaba todavía un largo camino que recorrer, y en varios sentidos, hasta Constantino. Así que no merece la pena el ir reseñando aquí todas las interpretaciones y supuestas «polémicas» de Séneca con el hecho cristiano, según L. H., y menos aún intentar desmontarlas aquí una a una. En un pasaje de una carta a Lucilio (cf. p. 53) se vanagloria de haber sido transformado completamente por la lectura de ciertos textos; pues bien, el autor califica de «hipótesis muy aventurada» (p. 53) la que pretende que Séneca se referiría aquí a textos cristianos (¡y prefiere pensar en Filón de Alejandría!). De hipótesis no menos aventuradas que ésta está lleno todo este libro. Y ya digo que, en mi opinión, no vale la pena el ir refutando, una por una, las «alusiones» a hechos cristianos en los textos del filósofo cordobés.

Este libro, además, no aporta soluciones nuevas a los problemas planteados, está lleno de interpretaciones arriesgadas y aventuradas, y aun arbitrarias, y en no pocas ocasiones supone metodológicamente un franco retroceso, por su irracionalidad: supone un grave retroceso a los estadios peores de nuestra ciencia que parecían ya superados. Como una corriente de aire limpio y fresco leemos, citado *in extenso* (p. 81) un pasaje de E. Renan, de 1873, sobre un hecho concreto (el incendio de Roma del 64): vemos aquí el lado más actual —y más tradicional también— y más progresivo, del positivismo filológico; pura y simplemente nos topamos con el ateniimiento y respeto a los textos y su interpretación sobria y racional (¿y qué otra cosa mejor podríamos hacer los filólogos?), y con el sentido común, y con un señor que, porque era filólogo —o, cuando menos, por no entrar en cuestiones políticas, cuando ejercía de tal— solía tener, según se deja ver por sus escritos, la cabeza ciertamente fría.

Antes de terminar no quisiera dejar de aludir, de entre varios, a, por lo menos, dos hechos concretos: a) L. H. da como de Fedro, el fabulista, la *Apocol.*, poema que ya el autor, para empezar, califica de anticristiano (*sic!* «antichrétienne», p. 49) y luego afirma que fue publicado anónimamente en las *Saturnalia* del año 54, y que es una parodia de las tragedias de Séneca, y que Fedro —su autor— se burla(ría) en esta sátira no menos de Séneca que de Claudio. Sospecho que no van a ser muchos los filólogos que compartan estas ideas, y menos formuladas así —y de mí sé decir que las respeto muy especialmente porque no las comparto, y por razones bien concretas—, pero hay que decir aquí, una vez más, lo que no hubiera necesidad ya de decir: que cualquier idea —y todas son igualmente respetables— que se aparte de la opinión común (y sobre ésta, aunque de hace ya medio siglo, es vigente, mientras no *se demuestre* lo contrario, Schanz-Hosius, II, p. 470 ss.) precisa cuando menos de un intento de prueba; de otro modo institucionalizaríamos en nuestra ciencia la ceremonia de la confusión. Y b) dígase otro tanto de la idea que L. H. se hace de la fecha de redacción del *Apoc.* de San Juan y de su finalidad. No expongo las ideas del autor (cf. p. 73 ss.), pero sospecho que el lector hubiera deseado, cuando menos, un resumen del libro del autor *La Vision de Patmos* (1970), que no conozco, tan renovador, tan lleno de ideas no comunes —por lo visto—, y que los más no suelen compartir.

MIGUEL ANGEL SAN MARTÍN

NARDUCCI, EMANUELE. — *La provvidenza crudele. Lucano e la distruzione dei miti augustei*. Biblioteca di studi antichi, 17. Pisa, Giardini, 1979, 170 pp.

Resume el autor en este volumen varios estudios y artículos publicados por él en los últimos años. Son trabajos reelaborados en los que utiliza también reseñas suyas a libros sobre Lucano.

En la introducción pasa revista a opiniones en torno al poema lucáneo que van de Escalígero a Thierfelder pasando por Nisard, Hegel y Fraenkel.

En el capítulo I, que intitula «El poeta y el conjurado», no se adhiere el autor, para justificar la complicidad de Lucano en la conjura contra Nerón, a la tesis de la vanidad, según la cual el poeta habría tomado parte en la conjura por haberle prohibido el emperador declamar en público sus composiciones. Sin embargo, opina Narducci que el tan debatido elogio de Nerón al comienzo de la *Farsalia* debe tomarse en serio, pues en el proyecto mismo del poema estaba ya la contradicción entre la visión pesimista del último siglo de la historia romana y las esperanzas suscitadas por Nerón.

«Ideología y técnica alusiva» es el título del capítulo II. Cincuenta apretadas páginas más un apéndice de otras diez.

El poema de Virgilio, exaltador de glorias, se transforma en Lucano en denuncia indignada de la guerra fratricida; y se arrima Narducci a la tesis de Thierfelder para quien Lucano es un anti-Virgilio. Trata de justificar una serie de paralelismos entre ambos poetas. El destino de Roma será como el de Troya. Lucano introduce el mundo de ultratumba en el libro VI como lo hace Virgilio, prueba, casi segura, de la centralidad que pretendía dar a su poema. Mientras en la *Eneida* todas las profecías están hechas a Eneas, en la *Farsalia* se hacen a distintos personajes, aunque siempre pompeyanos. En Virgilio aparece la invocación a la Musa, en Lucano es el poeta quien da la inmortalidad a los héroes. Para Lucano el hado es sólo una fuerza destructura que no se realiza en la historia, sino contra la historia.

El apéndice está dedicado a presentar la línea expresionista Ennio-Virgilio-Lucano.

Otro puñado de cincuenta y cinco páginas llena el capítulo III: «El poema sin héroe».

La *Farsalia* tiene unidad de materia, pero no unidad de personajes; dos protagonistas: Pompeyo y Catón, y un portador de acción: César, que aparece desprovisto de *pietas* y cargado de *furor*. En su afán de acreditar a Pompeyo en detrimento de César, Lucano distorsiona la realidad y atribuye el triunfo de *Farsalia* no a una táctica superior, sino a la *rabies* del ejército cesariano. También aquí Narducci acude a los paralelos. Imposible enumerarlos todos, pero la fuga de Pompeyo, por ej., recuerda la huida de Eneas de Troya; con Pompeyo hay dos mujeres: Julia en el triunfo y Cornelia en la derrota (al contrario que Creusa y Lavinia). Pompeyo prefiere ser desterrado a ser odiado. Y el debate suscitado en torno a Catón en la época neroniana se resume así: para Séneca el valor cívico de la virtud de Catón pasa a segundo plano; su mayor mérito fue saber morir. En la *Farsalia* el estoicismo de Catón está impregnado de antiguos ideales republicanos: es el padre de la patria y sólo a él Roma tributará honores divinos.

En un pequeño apartado analiza el autor ciertas relaciones de semejanza entre Lucano, Estacio, Séneca, Tácito y Marcial.

El libro aquí reseñado carece de una cierta unidad, pero es densísimo en materia y materiales; en él se encuentran ideas de gran originalidad. Es muy interesante,

atractivo y de agradable lectura. Maneja con destreza la bibliografía. Sin embargo, no deja de ser una forma más de abordar los mismos y manidos temas en los que desde hace dos siglos vienen incidiendo los casi innumerables comentaristas de la *Farsalia*.

Y es tanta y tan variada la bibliografía sobre temas lucáneos y tan diferentes las opiniones sobre un mismo tema, que sólo se me ocurre aplicar a tan variopinto abanico de opiniones aquella frase de Horacio convertida ya en proverbio: *ut pictura poesis*.

VÍCTOR-JOSÉ HERRERO LLORENTE

RAMBAUX, CLAUDE.—*Tertullien face aux morales des trois premiers siècles*. París, «Les Belles Lettres», 1979, 518 pp.

El excelente libro de Rambaux estudia diversos móviles de la moral de Tertuliano como son el amor, que reviste una paradoja en el escritor africano, el miedo y el interés, la lucha contra los malos deseos y las violencias, la bondad y el perdón, la paciencia y finalmente el martirio. Una frase resume el resultado de la investigación: «Tertuliano no alcanzó a descubrir el amor que todo lo excusa y cubre un sinnfin de pecados». Mientras la moral neotestamentaria se centra en el amor de Dios y del prójimo, la moral de Tertuliano concede poca importancia al amor. El trasfondo que le da coherencia son las frustraciones que impone a los deseos y necesidades naturales del hombre. El presbítero cartaginés conjuga sistemáticamente el miedo y el interés. Pone como único miedo el de no complacer a Dios y purifica el interés excluyendo todo sentido material. Pensamiento éste no carente de grandeza. El escritor africano estaba convencido de su fidelidad a la revelación; sin embargo, su moral ofrece una serie de modificaciones frente al Evangelio y por su voluntad de romper con el mundo llega a imponer sacrificios cada vez mayores a cuantos querían alcanzar la certeza de la salvación. No se preocupa mucho de predicar el perdón y la bondad, recomendando, en cambio, una *patientia* que más busca la venganza que un arrepentimiento del culpable. La personalidad íntima de Tertuliano se revela en la búsqueda de esta *patientia* que no puede tener quien no está seguro de ser vengado, y esta seguridad de venganza produce un placer en el sufrimiento, porque ve el fracaso del enemigo que se queda sin respuesta. Respecto de esta *patientia*, Séneca es una fuente importante, pero no encuentra eco en el maestro de Cartago precisamente en puntos que se acercan a la Sagrada Escritura, sí en aquellos que expresan ideas distintas de los Libros Santos. La enseñanza moral del escritor cartaginés concuerda con la de los rabinos judíos de los primeros tiempos de la era cristiana por su insistencia en los premios y castigos de la vida futura y por la esperanza de ver el castigo de los enemigos de Dios más bien que por recomendar el perdón y la caridad. Tertuliano, cuando se aparta de las enseñanzas de Jesús se hace eco de las que se hallan entre los paganos y, no obstante, los estoicos contemporáneos se acercaban a la doctrina neotestamentaria más que Tertuliano. Rambaux alude a las religiones de Cíbele, Isis y Mitra; pero quizás hubiera sido interesante profundizar un poco en las creencias egipcias de ultratumba contenidas en el Libro de los Muertos, que muy probablemente deben haber influido en la moral de venganza, como han influido en otros escritores cristianos en otros aspectos. Sorprende un poco el sentido en que nuestro investigador entiende la palabra *pax*, que parece explicarse mejor a la luz de la expresión cristiana

dare pacem propia de la literatura latina penitencial. En el estudio de las invectivas contra el comercio, por ejemplo, parecería conveniente un apartado sobre el aspecto del tópico correspondiente. El libro contiene una inmensa erudición y la labor investigadora va realizándose con un gran rigor metodológico.

ÁNGEL ANGLADA

EVENEPOEL, WILLY.—*Zakelijke en literaire onderzoekingen betreffende het Liber Cathemerinon van Aurelius Prudentius Clemens*. Verhandelingen van de Koninklijke Academie voor Wetenschappen, Letteren en Schone Kunsten van België. Klasse der Letteren, Jaargang XLI, nr. 91. Bruselas, Paleis der Academiën, 1979, 168 pp.

El presente libro resume la tesis doctoral que el autor leyó en diciembre de 1973 en la Universidad Católica de Lovaina. Trata del contenido y diversos aspectos literarios del *Liber Cathemerinon* de Prudencio. Consta de una interesante introducción, algo extensa, seguida de cinco capítulos que estudian la tradición litúrgica e himnológica de los primeros tiempos del cristianismo. Tiene un valor especial por su metodología el capítulo segundo, relativo a la tradición literaria clásica y cristiana antigua. La expresividad sonora y de las palabras, frases por razón de su disposición y composición en el período, constituyen el tema del capítulo tercero. La estructura de los himnos es el objeto del capítulo cuarto, para tratar en el quinto de cómo influye en la unidad de la compilación el concepto que de la vida tiene el vate español. El autor distingue muy bien entre lo que es conjunto de temas y fraseología que constituyen el bagaje de todos conocido, que se entiende como de dominio común, y el cauce por el que Prudencio llega a los escritores precedentes. Este punto de vista es del mayor interés para el método en la investigación de las fuentes y coincide bastante con la distinción entre citas directas e indirectas expuestas por W. Krause (*Die Stellung der frühchristlichen Autoren zur heidnischen Literatur*, Viena 1958, p. 124 ss.). El autor da una importancia especial a Paulino de Nola y a Claudiano. La comparación con las oraciones y el testimonio de los Santos Padres es del máximo interés, aunque se echa de menos una mayor abundancia de textos. Lo mismo debe decirse del capítulo segundo concerniente a la tradición literaria clásica y cristiana. Muy dignas de tenerse en cuenta son las observaciones sobre el cliché literario y sobre los tópicos en boga. En el tema relativo a la sonoridad y expresividad como ornato del verso quizás hubiera sido conveniente recordar un poco lo que F. X. Roiron (*Etude sur l'imagination auditive de Virgile*, Paris 1908) llama imaginación auditiva para mejor precisar el tema. Un párrafo que resumiera el método de R. Maxa, en cuanto a la palabra fundamental del verso, seguramente ayudaría al lector no especializado. Otros aspectos concernientes a figuras del orden, repetición, acumulaciones, quizás estén demasiado compendiados. Resulta un poco breve también el capítulo sobre la conexión que guardan entre sí los diversos himnos del *Liber Cathemerinon*, mayormente dado su interés. El libro termina con un *Index Locorum*. Un breve resumen en inglés, aunque insuficiente, permite conocer el contenido de esta tesis. La lectura de este libro será de gran utilidad para quien se ocupe de crítica de fuentes o de la tradición literaria reflejada en un escritor determinado. El lector hallará también ideas claras acerca de cómo se transmiten diversos aspectos formales plasmados en un caso concreto.

ÁNGEL ANGLADA